HORACIO H. DOBRANICH

NOTAS ÍNTIMAS



BUENOS AIRES

1917

Para la Universidad de Illinois; homenaje

de

HORACIO H. DOBRANICH

Feb. 9-1917

NOTAS ÍNTIMAS



BUENOS AIRES

IMP. "ARIAS" A. ARIAS-LANTERO

1031 - ALSINA - 1031

1917

A la memoria de mi venerado
Padre, D. Baldmar F. Dobranich.

...paréceme que deben emplearse palabras más suaves, a fin de que penetren y arraiguen con facilidad, no necesitándose muchas para ser eficaces; de la misma manera que la semilla, que, si bien pequeña, arrojada a terreno adecuado, aumenta su fuerza y produce asombrosamente.... Dícense pocas palabras, pero si las recibe bien el ánimo, germinan y fructifican.

(Ep. XXXVIII, Séneca).

I

Libre como el ave que no sufrió aún el amargo cautiverio que por solazarse le impone el hombre, quiere volar mi espíritu y llegar a lo más alto para cantar desde allí sin estorbos, sin prejuicios, sin cadenas; cantar lo que siente y sentir lo que canta, aspirando aroma de cielo y bebiendo rayos de sol.

Algo que tenga de prosa y de verso ha de ser el molde en que vuelque mis sentimientos; mi espíritu ansía libertad, mucha libertad... ¡vuele pues y perdone el mundo lo modesto de su traje!

II

¿Hay un hombre más grande que mi padre.....?

Ridícula pregunta... ¡qué ha de haberlo...!

Fuí niño y a mi padre vi gigante; fui joven y le ví hombre superior; hoy le recuerdo como a un Dios...

¿Hay un hombre más grande que mi padre...?

III

Murió mi padre, y en mis manos puso la bandera que él recibió de manos de mi abuelo. Es símbolo de pureza, es símbolo de hidalguía, y al flamear dice: ¡Adelante!...

¡Lejos de mí, dolor, llanto y tristeza! No quiero estorbos en mi camino. Dadme la vieja bandera, dádmela y... ¡adelante!

. . . .

A veces desfallezco, el cansancio me domina y clavando en el suelo la vieja bandera, me siento a reposar; pero la brisa despliega el trapo que al flamear, dice: ¡Adelante!... Y yo torno a caminar...

Larga es la senda, penosa la marcha, mas yo debo plantar muy lejos y ¡muy alto el pabellón!

IV

¡Cómo va envejeciendo la madrecita mía...!

Su linda cabeza está blanca, está plateada y yo... ¡qué extraño temor experimento al admirarla!

¡Cómo va envejeciendo la madrecita mía...!

Su fino rostro de marquesa legendaria tiene ya muy marcados esos surcos que traza el dolor contenido, el dolor intenso, el dolor eterno, y yo... ¡qué extraño pavor siento que me invade el alma!

¡Cómo va envejeciendo la madrecita mía...! Y yo... ¡no quiero pensarlo, no... Vivirás muchos años ¿verdad, madre mía...?

V

Hogar, dulce hogar; en tí se encierra la paz que el corazón atormentado ansía..., en tí ¡no más que en tí!

Hogar, dulce hogar; eres templo sin igual en que el alma del creyente, y el alma del ateo se postran reverentes.

¡Hogar, oh dulce hogar...!

Que gocen del placer mal obtenido, los necios qne en un vértigo de amores queman toda la pureza de su alma, que es esencia divina; a mí dejadme junto al sacro fuego que devuelve a mi espíritu el calor que le robaron las ráfagas heladas de la envidia y del egoismo.

¡Hogar, oh dulce hogar...!

Nido de amor que mis padres construyeron, nido de amor en que na-

cieron una a una mis bellas ilusiones que se mueren una a una, nido que eres el alcázar suntuoso de mis sueños de poeta y eres arca misteriosa que ha guardado el eco tierno de mi tierna infancia.

¡Yo te bendigo y clamo a tí!
¡Hogar, oh dulce hogar!
¡Nada hay como el hogar...!

VI

La he escuchado otra vez; ¡han pasado muchos años!

El lirio del recuerdo se ha abierto bañado por mis lágrimas y me he visto pequeñito, sentado junto al negro piano y oyendo muy atento la marcha aquella... Pero ¡ay! ¡ya no es la misma! ¡Ya no es la misma!

La que mi padre tocaba, era divina; me hacía soñar con ¡tantas cosas! caían sus notas sobre mi tierno corazoncito como gotas milagrosas y brotaban las ilusiones, florecillas del campo al llegar la primavera.

Esta, en cambio, me ha hecho sonreír un breve instante, y luego!... ¡luego me he puesto a llorar como un niño...

VII

Murió la nietecita cuando apenas contaba un año.

Llora, llora en silencio la abuela muy cerca de la inmóvil nietecita y a cada instante junta su rostro con el de esta, cual si quisiera darle calor ¡está tan fría...!

¡Murió la nietecita...!

Han traído ya el diminuto féretro blanco,tan blanco como la inocencia; suavemente, dulcemente unas manos femeninas amortajan y allí acuestan el helado cuerpecito.

La abuela ya no llora; mira y mira aquella escena, silenciosa...

El cortejo se ha marchado... ¿y la abuela? alguien pregunta, ¿en dónde está la abuela...?

La abuela está muy sola, muy callada. Ha besado una por una las ropitas de la nieta y mece la cuna vacía murmurando una oración...

VIII

Este cuadro es un poema sin igual!

La joven madre tiene al niño en sus brazos. El niño está dormido.

No sé, no sé qué dulce sonrisa se dibuja en los labios de la madre, ni qué luz misteriosa emanan sus pupilas, ni qué aureola ilumina su frente pero... ¡está muy bella, muy divina, santamente hermosa...

Este cuadro es un poema sin igual...

IX

Han sonado las dos en el reloj grande. Tu duermes plácidamente y no sabes que yo he abandonado mis cuartillas y junto a tu lecho te contemplo en silencio, casi sin respirar...

¡Qué divina estás! La sonrisa de los niños, que es la de los ángeles, juega en tus labios rojos; tu alma buena y sencilla se refleja en tu rostro.

Con temor, muy suavemente beso tu mano abandonada, y sin poderlo remediar pienso ¡cómo existen hombres que engañan a sus mujercitas!

X

Guardo yo con mucho celo esta blanca ovejita, porque fué juguete predilecto de mi infancia.

Es de estopa, es de lana ¡su boquita es seda roja, sus ojillos cuentas negras y no sabe ni jamás supo balar.

Amiga inseparable ¿te acuerdas aún de mis cuitas infantiles, de mis penas, de mis enojos...? Con tus ojitos tan negros y tu boquita tan roja, siempre me aconsejabas aunque sin decirme nada, — "se muy bueno, muy apacible y muy amoroso".

Hoy te miro una y cien veces, pero... ¡en vano! Ya no pueden darte vida mis marchitas ilusiones...

¡Pobre ovejita blanca... Tu eres parte de mi vida y por eso yo te guardo con tanto y tanto celo...

XI

—¡Oh gratos sueños de gloria...! digo yo frecuentemente.

—¡No seas lírico, no seas loco!, dicen todos los que me oyen.

—¡Hazte rico! me aconsejan unos cuantos que me quieren.

—¡Sé más práctico! aconsejan los demás!

Pregúntole a mi madre: — y tú ¿qué piensas...?

Y mi madre me responde: Yo... que imites a tu padre, nada más.

¡Quiero gloria, mucha gloria...!

XII

"La noche se entraba... reinaba el silencio".

En la puerta de un sepulcro ví a una joven madre dando el pecho al hijo amado.

Pálido tenía el rostro, y en tanto que sus grandes ojos derramaban muchas lágrimas, sus labios de coral sonreían, sonreían al rozar la frente del pequeño, o temblaban, temblaban murmurando una oración por el esposo muerto.

¡Qué conjunto tan grandioso... El sepulcro (mansión triste del silencio), a la puerta una mujer hermosa que llora por el compañero que se fué, en sus brazos el inocente ser libando mieles de vida.

¡Muerte y vida siempre juntas y entre ambas la mujer...! ¡La santa madre!...

XIII

Te quiero, sí, te adoro ¿a qué ocultarlo...?

Sé demasiado que el código social castiga estas franquezas con infamantes penas, pero yo... ¡te quiero, sí, te adoro...!

No me culpes a mí de este delito, soy yo esclavo de un tirano que me obliga a hablar así, ¿quieres conocerle...

Dame tu blanca mano, dámela, ponla sobre mi corazón, así, este es el tirano, dulce niña, que me obliga a decirte a todas horas: ¡Te quiero, sí, te adoro...!

XIV

Me dices: ¡malo! y en tu linda cara hay tal expresión de pena, de tristeza, de dolor, que mi alma se postra de hinojos e ignorando el por qué perdón suplica.

¡Malo! me llamas y en tu dulce voz hay tanto, tanto de lágrimas infantiles, que mi amante corazón todo angustiado, perdón implora suspirando quedo.

Tornas de nuevo a apellidarme ¡malo! y en tu boca de grana hay tal sollozo próximo a convertirse en llanto que, apasionado, loco, rompo la cadena de los prejuicios y libre ya, mis labios buscan tus labios y en un beso te digo ¡perdón nena!

XV

Mustias estaban las flores de mi jardín; no había en el fragancias, no había en él colores, no había en el coquetuelas mariposas, y hasta el ruiseñor melancólico callaba sus cuitas amorosas por respeto a aquella lenta agonía de las pobres florecillas de mi jardín.

. . . .

Pero un día llegó la primavera, llegó la primavera y su rosada alegría, contempló las flores mustias; ¡ay! con solo contemplarlas les volvió su frescura y lozanía ¡vida al fin...!

. . . .

Sabréis decirme, señora. si ha llegado ya la primavera?

XVI

Dices que soy un romántico. Yo no se si soy romántico, pero el dolor ajeno lo siento tan mío siempre, siempre, que sufro con los que sufren y lloro con los que lloran.

Yo no sé si soy romántico, pero la dicha ajena es la única que conozco, la siento mía, mía y gozo con los que gozan, y río con los que ríen.

Yo no sé si soy romántico, pero por verte alegre y feliz mi vida diera... . ¿Qué te ocurre? Dame tus penas, yo soy muy fuerte, yo soy hombre, pero tú... ¡tan niña... ¡tan bonita...!

¡No te pongas así...! ¡Dame tus penas...!

XVII

Yo sé de un príncipe que ha tiempo te espera, y sé también de una blanca princesa que le robó el corazón.

Escucha la historia.

En noche callada y obscura, vagaba un príncipe trovador; cansado, sediento, la muerte esperaba mas tuvo la dicha de hallar en su camino un castillo feudal.

Al castillo acercose, entonó una canción y, aunque iba a pedir y no a dar, vió a una blanca princesa, le rogó se llegase al rastrillo, rasgose su pecho y en púrpura envuelto le dió el corazón.

La blanca princesa le tomó entre sus manos y riendo, riendo... en las sombras desapareció.

. . . .

Yo sé que el príncipe espera confiado.... ¿hará bien niña, o hará mal?

XVIII

Te leía mis cuartillas y al levantar los ojos, ví en los tuyos, divinos, brillar una lágrima... bendita sea!

¿Qué puede ya importarme la opinión del vulgo...? ¿Qué puede ya importarme la opinión del sabio...? He visto brillar una lágrima en tus ojos de cielo y ¡eso basta!

Renombre, fama, gloria, ¡yo os desprecio...!

Lágrimas, lágrimas de sus incomparables ojos ¡yo os bendigo!

XIX

Amar o no amar, la alternativa es esta...

¿Qué es más digno a la luz de la razón? ¿Apagar el fuego que arde en el humano pecho, sumir nuestro espíritu en las sombras por hallar un reposo, o atizar las rojas brasas de esa hoguera, y sentirse más hombre cada día y sentirse más puro cada hora...?

¡No amar! Adormecer, dar muerte al alma...

¡Amar...! ¿Soñar, acaso...? Mas si un sueño es Amor, cuán dulce y grato sueño...!

Amar es sufrir, no amar es morir. ¡Terrible alternativa, lucha horrenda duda eterna.... pero ¡silencio!

Oigo la voz de un ruiseñor que entre las sombras "canta amores y amorosas desventuras", acalla mis discursos y ahuyenta el raciocinio... amor, amor! ¿eres tú que has llegado hasta mi alma... ?

XX

Yo la he visto morir, después de una horrenda agonía...

Yo la he visto morir, y era una flor temprana que entreabría recién sus pétalos para recibir el beso primaveral de esta vida...

Yo la he visto morir, y en su dulce corazón por vez primera Amor libaba mieles....

Era niña, muy niña; era bella muy bella; era santa, ¡muy santa...!

Yo la he visto morir y desde entonces... no puedo ¡no puedo creer en Dios!

XXI

Junto al límpido arroyuelo que corre besando flores, nace el lirio y en él mira su blancura inmaculada, virginal

Junto al río caudaloso de la vida, crece también un lirio blanco: la inocencia; lirio blanco que la corriente tarda poco en deshojar.

XXII

La destemplada campana acaba de sonar, y un centenar de chiquillos se derraman en el patio grande de la escuelita primaria.

¡Aire, luz, espacio, alegría, vida, movimiento!... dice sin decirlo aquella gritería infernal que recuerda la algazara de los gorrioncillos en los amaneceres estivales.

Nuncios de la primavera, unas cuantas golondrinas cruzan el espacio azul; está el ambiente embalsamado por la ofrenda de las flores, y flotan dulces armonías que el espíritu recoje.

. . . .

Suena otra vez la destemplada campana, los chiquillos corren atropelladamente, forman de a dos en dos y marcando el paso retornan a sus aulas calladitos, calladitos... y el patio se queda solo, desierto, ¡helado!...

XXIII

Es hoy uno de esos días en los cuales todo disgusta, todo molesta, todo exaspera.

Llovizna afuera sin cesar, heladas ráfagas golpetean los cristales de mi ventana, el hastío más intenso imprime al rostro una expresión despectiva, y en la memoria surge Becquer con su cortejo de incomparables rimas.

¡Cuándo aparecerá el sol!

XXIV

Mi cuerpo es sano, mi cuerpo es fuerte, ¡pero yo me estoy muriendo!

No es mal físico el que tengo ¡qué ha de serlo!.... es mi alma la que sufre cruel y horrenda enfermedad.

A observación paciente la he sometido y hoy diagnostico sin temor de equivocarme.

¡Pobre alma mía...! Tu afección es incurable, es incurable; morirás sin remisión; padeces de *altruismo crónico.* ¿Quieres más grave dolencia en este siglo XX...?

XXV

¡Hombres, hombres y más hombres...!

La muchedumbre pasa cantando patrióticas melodías que a cada instante se quiebran bajo el peso de un brutal alarido que dice: ¡guerra...! ¡guerra...!

¡Lágrimas, lágrimas y más lágrimas...!

Llora la madre amargamente al hijo que se fué y que nunca volverá; la tierna esposa gime y gime por el fiel compañero que ya nunca tornará; la dulce prometida solloza sin consuelo por el gentil mancebo a quien jamás verá, y en el fondo de su alma, todas, todas las mujeres, maldicen de la patria porque ¡impía les arranca el corazón!

¡Hombres, hombres... olvidad

viejos prejuicios, detened vuestra marcha inconsciente, acudid a enjugar tanta lágrima de amor, escuchad la voz del corazón que nunca engaña...!

¡Sea el hogar nuestra patria, y el amor nuestra bandera...!

XXVI

Estos días templados, nuncios de la primavera, son para mi alma campanillas de plata que con su límpido repiqueteo despiertan dulces deseos, recuerdos dormidos, gratas ideas...

¡Dadme flores, muchas flores; dadme caras bonitas, rostros de sol; dadme risas femeninas, labios de coral; dadme alegría....!

¡Oh! ¡Qué hermosa es la vida...!

XXVII

Leyendo estoy al pesimista Schopenhauer y mi espíritu se resiste a creerle sincero. ¡Tanta sombra, tanta sombra en este mundo donde hay niños, donde hay pájaros, donde hay flores, donde hay...

¿Sería ciego Schopenhauer?

XXVIII

Era una vieja encina a cuyo pié se llegaban los lugareños en las tardes estivales para gozar del frescor delicioso de la sombra que ella, maternalmente les brindaba.

Cierto día pasé por aquel lugar y con sorpresa ví a los lugareños afanados en derribar la añosa encina.

Golpeaba, golpeaba el hacha cruel y cada golpe repercutía en mi corazón como un profundo lamento.

Proseguí mi camino meditando sobre la ingratitud de los hombres y ya distante, al volver el rostro, parecióme que la encina era una cruz y que en ella estaba el Redentor crucificado.

XXIX

—Madre; hoy no quiero ir a la escuela. La señorita es muy buena, los niños también, y a mí me agrada aprender lo que me enseñan, pero... ¡madre, déjame faltar hoy... Yo te extraño mucho, quiero quedarme contigo...! Así dijo lloriqueando el chiquillo, y la madre. ásperamente, le contestó: — Eso no es ser hombre. — Debes cumplir con tu deber.

Le puso la gorrita, dióle un beso muy frío y ordenó a la criada que le llevara.

. . . .

Mientras el chiquillo se alejaba resignado; la madre se ocultaba sollozando...

XXX

Madre, preguntó el niño, ¿dónde está papá?

—Allí, dijo la madre mirando al cielo.

. . . .

*

* *

—¿Qué haces ahí querido¿, gritó la madre al niño. ¿No ves que puedes caerte...?

—Déjame madre, respondió el chiquillo desde lo alto del molino, déjame, que papaíto há de estar contento de verme tan cerca de él...

. . . .

. . . .

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Justicia Militar Argentina. 1 (vol.)
Legislación de minas. (1 vol.)
Manual de Ingeniería Legal. (1 vol.)
Historia del Derecho Marítimo. (1 foll.)
El Derecho. (1 foll.)
Derecho Romano.-Prolegómenos. (1 vol).
El Derecho penal en el Fuero-Juzgo. (monografia)
Ensayos. (1 vol. que contiene: Becquer y sus rimas.—El verdadero concepto de patria.—El epígrama.—El Derecho.—La disciplina y el Código militar. —Al márgen de una reforma.—Iberos y Celtas.—Los Germanos.—Las finanzas en Roma.)
Los grandes jurisconsultos, literátos y filósofos de Roma. (1 vol.)
La mujer en la antigüedad. (1 vol.)
La Fábula. (1 foll.)
El Madrigal. (1 foll.)
Un poeta de incógnito. (1 foll.)

Asichys. (Leyenda Egipcia.)
El Dr. Honbcai. (1 vol.)
Soliloquios del Dr. Honbcai. (1 foll.)
Monólogos y poesías recitables para niñas. (1 vol.)
Monólogos. (2.ª edición.-1 vol.)
Notas íntimas
Cabos sueltos (en preparación).
